

Tres paseos de Enrique Balaguer

Jesús Rubio Alférez

Ingeniero de la "Oficina del Plan"

Un primer paseo de Enrique Balaguer, Director General de Carreteras, hasta el extremo de la séptima planta del Ministerio, le trajo a uno de los despachos de los llamados entonces "Los chicos del Plan", por el Plan General de Carreteras que estábamos preparando para 1984. Éramos diez ingenieros, los que formábamos la Oficina del Plan, y Enrique Balaguer. Había venido solo, sin Ángel Puente, el único Subdirector y su mano derecha. Quería charlar con nosotros un rato.

Lo recuerdo cercano, escuchando con interés y empático cuando recordamos la situación que resolvió con amabilidad unos años antes, en 1976, habíamos puesto dos cortos de Comisiones Obreras en el Cine Club de la Escuela y él, como Director, tuvo que apercibirnos.

Tuve la sensación de que alguien con autoridad no tenía por qué ser distante ni autoritario. Enrique preguntó cómo iban las cosas, vernos cara a cara y confirmar que los plazos previstos se iban a cumplir, en un tono distendido. Nos enteramos tiempo después que tenía encargados documentos a otros ingenieros de la Dirección por si no terminábamos lo que nos habían pedido de manera adecuada.

Cuando me llamó para participar en un comité de la AIPCR sobre la eficiencia y el cambio en las Administraciones de Carreteras, que presidió en su primer cuatrienio, confirmé algo que me tranquilizaba mucho en su trato: su carácter mediterráneo. Había que hacer las cosas bien, pero sin hacer ostentación de esfuerzo ímprobo, sino todo lo contrario. El trabajo debía conseguir que las cosas fluyeran como deben, con naturalidad.

El estudio del cambio en las Administraciones de carreteras le llevó a un segundo recorrido del pasillo de la Dirección General para hablar con todos los ingenieros, con motivo del encargo del posible cambio de Dirección a Agencia de Carreteras. Le llevó meses hablar con cada uno hasta formular la propuesta que le habían pedido y que nunca llegó a concretarse en cambio estructural. Me encontré con un profesional que no daba nada por supuesto, que quería escuchar todo lo que se le pudiese decir y que disfrutaba con lo que hacía.

Recuerdo con especial cariño el tercer paseo, más de treinta años después del primero. Cuando le solicitamos su firma para proponer la concesión de una medalla colegial a Justo Borrajo, no admitió que le acercásemos el papel a su casa. Quiso venir, aunque tuviese que ser acompañado, y recorrer ese pasillo tan querido, ya en la octava planta, hasta los últimos despachos. Fue recibiendo el cariño respetuoso de muchas personas, empezando por la ordenanza de la entrada principal que le dijo: - Don Enrique, usted no puede entrar como visita, venga conmigo-, y el de todos los compañeros que salían a saludarlo al saber que había venido.

Fue un jefe lúcido, resolutivo, que se hacía responsable de las decisiones suyas y las de sus subordinados. Alguien que hacía parecer sencilla cualquier situación complicada. Un maestro en muchos sentidos.